



Recordar es volver a vivir y aprender de lo vivido

To remember is to live again and learn from what you have lived

Gracias al CID, al Doctor Rigoberto Marín Uribe, a la Maestra Concepción Franco Rosales, al Doctor Rigoberto Martínez Villalvazo, por habernos brindado la oportunidad de iniciar nuestra formación como investigadores.

Compartir por este medio algunas de las experiencias que vivimos los integrantes de uno de los equipos que realizaron la primera investigación del Centro de Investigación y Docencia (CID), es revivir pero al mismo tiempo dejar plasmados los momentos más significativos que hemos vivido como investigadoras/res. En 1994, la institución dio inicio, con tres funciones sustantivas, como corresponde a una organización de nivel superior, Docencia, con una Maestría dirigida a los profesores de educación básica del subsistema federalizado; Difusión, con la publicación de Ameyali y posteriormente surge Acoyauh; e Investigación, con el estudio “Diagnóstico de la educación primaria del estado de Chihuahua”, realizado a nivel estatal; para este fin, se convocó a un grupo de maestros que estuvieran dispuestos a colaborar con dicho estudio; se conformaron varios equipos y tuve la suerte de ser invitada a participar e integrarme a uno de ellos. Nuestra tarea fue aplicar encuestas en las escuelas de los municipios de Guadalupe y Calvo, Batopilas, Urique, Bocoyna, Parral y Juárez. Nuestro recorrido duró aproximadamente tres meses. En este artículo solamente me referiré a nuestra estancia en Guadalupe y Calvo, por ser el primer municipio que visitamos, queda mucho en el tintero y será en otra ocasión que lo retome.



Se invita a participar

El Doctor Rigoberto Marín Uribe, director del CID, propicia la conformación del equipo que realizaría la investigación e inicia convocando a algunos maestros que conoce del nivel federalizado de nivel básico (preescolar, primaria y/o secundaria), los cuales, a su vez, invitan a otros compañeros que están comisionados en algún programa. Se convocaron aproximadamente a veinticinco docentes. En el caso del equipo en el que yo participaría, se invitó a dos maestras de la Mesa Técnica de primarias, María Luisa Miranda y Cecilia Rey, de Educación Especial, a Salvador Ruiz (Chava) y a una servidora, Martha Silvia, que me encontraba ubicada en RENAE (Recuperación de Niños con Atraso Escolar de primarias); las dos maestras que me invitaron a participar, fueron Diana Piñón y Cecilia Rey, pasando luego a una entrevista con el Doctor Marín.

Ubicación de los participantes

Al llegar al CID, el 1º de septiembre de 1994, me incorporo al grupo encargado de la materia de Ciencias Naturales y para el trabajo de campo se me ubicó con María Luisa, encargada de aplicar el cuestionario de Español, Cecilia recopilaría la información referente a infraestructura y equipamiento de las escuelas, Chava como responsable de aplicar el de Matemáticas y yo el de Ciencias Naturales.

Las escuelas de cada municipio fueron distribuidas en grupos por la cercanía que guardaban entre ellas. La distribución de las escuelas, entre los equipos, fue dejada al azar, por medio de una rifa en la que participaría un representante del equipo. Ni tardas ni perezosas nombramos a Chava.

Las primeras localidades a distribuir fueron las del municipio de Guadalupe y Calvo y la

localidad “mejor ubicada en el mapa”, según todos los equipos, era Turuachi, por lo que todos queríamos que nos tocara ahí. Esa era la encomienda que le dimos a Chava: lograr esa ubicación. La desilusión fue que no la obtuvo y no solamente eso, “de acuerdo al mapa”, nos tocaron escuelas muy alejadas de Guadalupe y Calvo; consecuencia, pobre Chava, con tres mujeres echando relajo permanentemente por la “mala mano”. Posteriormente nos dimos cuenta que nuestra ubicación era de las mejores y por supuesto tuvimos que congraciarnos con Chava, ahora reconociendo su gran suerte.

Inicia la travesía

Un buen día del mes de octubre llegamos a Guadalupe y Calvo, lo primero que hicimos fue presentarnos en la Presidencia Municipal con oficios de comisión en mano y como “por arte de magia”, la suerte cambió, a nuestro equipo se nos asignó vehículo oficial con chofer, para que lo utilizáramos durante las siguientes dos semanas, que permaneceríamos en la comunidad.

En lo que ubicábamos la cabina telefónica, para llamar a nuestras familias, por supuesto, hace 25 años nadie usábamos teléfono celular. Aprovechando el tiempo, Cecilia inició las “relaciones públicas” y ubicó a uno de sus alumnos de la Normal Superior, que se encargaba de la farmacia propiedad de su hermana. En la parte de atrás de la farmacia había un pequeño departamento en el que vivía el encargado y la suerte continuaba con nosotros, a partir de ese día nos invitó todas las tardes/noches, después de llegar de las comunidades, a ver la televisión, comer palomitas, tomar un refresco, lo que disfrutábamos enormemente.

En el mismo hotel en el que nos hospedábamos, también lo hacía la licenciada del

ministerio público y muchas de las noches se oían toquidos en su puerta y el clásico grito “Licenciada, hay muerto pa...”, el día que nos tocaba bajar a la Barranca de Dolores, el grito anunció: “Licenciada, hay muerto pa la barranca”. En ese momento, con 25 años menos que los que tenemos en la actualidad, nos dimos cuenta de que no nos detendrían los acontecimientos y por supuesto decidimos continuar, los días los teníamos contados para el trabajo de campo y había que aplicar los instrumentos en la escuela de Dolores. Las peripecias de la larga travesía, se compensaba con el sentimiento del deber cumplido y lo hermoso del paisaje, con todo y que el camino era muy peligroso por la altura de los “voladeros”, su gran cantidad de curvas y lo angosto de su trazo. Ah! Pero a Cecilia sí le afectó la altura de la barranca y se sintió poco mareada, pero en cuanto pisamos suelo firme, el malestar desapareció.

Cuando llegamos a Dolores, observamos que en el río estaban lavando la camioneta en donde había perdido la vida uno de sus tripulantes; su cuerpo se encontraba en la funeraria de la plaza principal, donde era velado. Nuestra reacción fue tardía, era peligroso que en esas circunstancias se nos hubiera ocurrido llegar a Dolores. Los maestros de la escuela, compartieron lo que significaba trabajar en la barranca y los problemas que enfrentaban al desplazarse a Guadalupe y Calvo. Nosotros, por nuestra parte, nos enfrentábamos a un gran reto, sobre todo en los albergues, ya que algunos niños no hablaban bien el español, los instrumentos de español y matemáticas estaban pensados para aplicarse de forma individual y los de ciencias naturales hubieron de aplicarlo también de forma individual ya que los niños entendían más el español cuando se les cuestionaba de forma personalizada.

La semana siguió transcurriendo y el trabajo del equipo se simplificó un poco ya que conforme a la organización que llevábamos “de acuerdo al mapa”, nos tocó aplicar los instrumentos en comunidades más cercanas a Guadalupe y Calvo, pero no menos escabroso el camino para llegar a ellas. El frío se hacía presente y para recorrer los caminos llevábamos cobertores, pues el chofer se presentaba a recogerlos por la mañana con diferentes vehículos y el aire gélido se filtraba en algunos de ellos. En el hotel también hacía frío y María Luisa, que era mi compañera de habitación, dormía arropada con dos *sleeping*, el de ella y el que yo le facilitaba, más dos cobijas, era como una montaña de cobertores. La hora en que había que levantarse la marcaba Cristy, que trabajaba con otro de los equipos y al amanecer todos los días, sin faltar uno solo, se escuchaba por el pasillo el zig-zag, de las zapatillas de su mame-luco y el tictac en cada puerta anunciando que ya era hora de levantarse. Y al igual, todos los días, al regresar a Guadalupe, acudíamos a la caseta telefónica a reportarnos con nuestras familias y en seguida ver las noticias en la televisión de la farmacia.

El último lunes que estaríamos en Guadalupe y Calvo, tocó realizar el trabajo en Llano Grande, comunidad ubicada aproximadamente a tres horas de distancia; el traslado se llevó sin contratiempos, pero para nosotros fue impresionante observar que solamente el albergue indígena se erguía “en medio de la nada” y nosotros decíamos de broma y entre carcajadas, que contábamos con la seguridad que nos daba “la matona”, una navaja de llavero, sin filo como de 5 cms., que portaba Chava. En medio de las risas, entramos en el albergue, donde no se encontraba el director; lo mandaron llamar y llegó en mal estado físico y muy molesto. Le pre-



senté los oficios de comisión e informé sobre la encomienda que se nos había asignado, recogió mi oficio, lo hizo bola y lo tiró a la basura, se refirió al Mtro. Hernández Triana, director de los Servicios Educativos del Estado de Chihuahua (SEECH), con palabras altisonantes y salió del lugar; una de las profesoras nos indicó que podíamos realizar el trabajo y así dimos inicio; como a las 12 del medio día nos invitaron a comer, ¡claro! que todo teníamos menos hambre, pero aceptamos el plato. Continuamos con el trabajo y de pronto nos comunicaron que unos policías judiciales se encontraban frente al albergue y nos mandaban llamar, la inseguridad se apoderó de nosotros, pero reaccionamos lo más calmados que pudimos y así me pregunta Chava: “¿Martha, vamos tú y yo?”. Le contesté que sí. Cuando llegamos a salida, los policías de manera jovial, nos comentaron que se habían dado cuenta de que estábamos ahí y que traían muchas manzanas que les habían regalado y querían compartirlas con nosotros, nos entregaron algunas, dimos las gracias y volvimos dentro, pero Chava sugirió que era momento de retirarnos, con el trabajo inconcluso en matemáticas y español, recogimos y nos fuimos.

A la mañana siguiente nos tocaba acudir a Baborigame, comunidad que quedaba por el mismo camino de Llano Grande, pero a dos horas más de travesía. El equipo tomó la decisión de cambiar la escuela por otra de iguales características localizada en Nabogame; fue muy grata la experiencia que vivimos en la comunidad y en la escuela, los maestros realizaban un trabajo muy organizado y los niños demostraban encontrarse muy contentos en la escuela. Cecilia, como nuestra coordinadora de relaciones públicas, descubrió y comparó con nosotros, cómo los niños adquirían y

habían comprado sus útiles escolares mediante el trueque y así nos lo comentaban.

Luego llegó el día del informe del Presidente municipal, al que fuimos invitados, asistimos pero con la advertencia de Chava, “nuestro guarda espaldas”, no deben quedarse al baile, así que terminando el informe felicitamos al Presidente municipal y nos retiramos; todas las oficinas y el comercio se encontraba cerrado por el acontecimiento y entonces, ¿dónde estaba Cecilia?, la habíamos perdido de vista, la buscamos por la plaza, subimos la calle hasta el hotel, fuimos a la farmacia y no estaba por ningún lado, empezábamos a desesperarnos cuando de pronto salió de la cabina telefónica, había convencido al propietario que le permitiera realizar una llamada, aun cuando el lugar se encontraba cerrado, punto seguido, comentamos su ocurrencia y nos fuimos a descansar.

Para rematar el último día, fuimos a despedirnos de nuestro amigo de la farmacia que nos ofreció una rica cena, departimos con él un rato y al momento en que anunciamos nuestro retiro, salió al jardín trasero y se puso a realizar disparos al aire, para cuando nos dimos cuenta ya estábamos pecho tierra debajo de la mesa de la cocina dando de gritos, al regresar a la sala, le reclamamos airadamente su imprudencia, se puso apenadísimo y nos pedía una y mil disculpas, aludiendo que estaba muy pero muy contento de haber convivido con nosotros y así se acostumbraba festejar en el pueblo, de verdad que nos conmovió hasta las lágrimas, fue un momento muy emotivo el que se vivió.

Algunas reflexiones

Es indudable que vivir *in situ* los problemas, la vida cotidiana, los usos y costumbres, las

prácticas que viven los maestros tanto de escuelas primarias generales, como los que trabajan en los albergues de las comunidades visitadas, todo esto nos ubicó en una realidad, que aun cuando sabemos que existe, no es lo mismo vivirla en carne propia; los aprendizajes y sensibilización que dejó en cada uno de nosotros, fue muy valiosa en nuestra formación como investigadores, y de comprensión hacia la práctica de los maestros rurales.

Las comunidades y sus pobladores tienen diferentes formas de expresar sus sentimientos

ya sea de alegría o de molestia, por lo que se requiere gran sensibilización para poder entender y respetar al otro.

Algo muy importante de expresar es que conformar un equipo de trabajo, en las condiciones en las que realizó este trabajo, se logró al enfrentar unidos los retos que marcaba la tarea y como cuatro personas diferentes pueden unirse y reinventarse teniendo una meta común y así poder seguir caminando en los otros contextos que se recorrieron.